

III.

DE GRANADA Á MÁLAGA.

Éste fué mi primer viaje en *diligencia*... Mas no creáis que en una de esas diligencias de mala muerte, que ahora se usan, llamadas también *góndolas*, que sólo recorren caminitos provinciales ó vecinales, sino en una de aquellas ambulantes casas de tócame roque, comparables á los antiguos navíos de tres puentes, que fueron arrumbadas por la aparición del ferrocarril, como los tales navíos por las fragatas de vapor, y que recorrían suntuosas carreteras de primer orden, venían de un tirón desde Cádiz hasta Madrid, iban de otro tirón desde Madrid hasta Bayona, y eran por ende asombro y maravilla de todos los pueblos del tránsito.

En Enero de 1853, cuando yo fui en di-

ligencia desde *Granada á Málaga*, no había en España más camino de hierro que un trozo en Cataluña y el de Aranjuez á Madrid. La diligencia, pues, seguía siendo respetabilísimo vehículo, particularmente aquéllas, como la de que se trata, compuestas de dos *berlinas*, *interior*, *rotonda* y *cupé*, en que cabían veintidós viajeros, amén del *mayoral*, arrellenado en el *pescante*, y de los dos pasajeros supernumerarios que solían compartir con él aquella especie de trono, y del *zagal*, que de vez en cuando se sentaba en algún estribo, y de la pareja de guardias civiles que se colgaba de tal ó cual coirrea, y de los tres ó cuatro valientes que, en último apuro, se *acomodaban* dentro de la *vaca*, entre los baúles y maletas, y del *postillón* ó *delantero*, de quien hablaré con ocasión de viaje más solemne...: total, 28 ó 29 tripulantes.

Doce, catorce y hasta diez y seis caballos ó mulas tiraban de aquel arca de Noé montada sobre ruedas, y á fe que yo no podré olvidar nunca y que hoy recuerdo con un placer indefinible tantas y tantas

noches fantásticas como pasé en mi juventud dentro de tales coches-monstruos, oyendo entre sueños, sobre todo cuando ya era el segundo ó tercer día (!) de empaquetamiento y tortura, el trote acompasado de las diez y seis uniformadas bestias; al mayoral, que *les hablaba* en su común idioma; al zagal, que rugía, moliéndolas á palos, y al postillón, que cantaba entre dientes la rondeña, todos ellos medio dormidos también, como si el propio viaje fuera asimismo un sueño ó pesadilla de que todo el mundo despertaba un poco cada vez que se mudaba tiro...

Pero concretémonos al viaje de *Granada á Málaga*, que apenas fué un ensayo ó muestra de semejantes emociones, dado que en él sólo se pasaba una noche en claro, y contentaos con las únicas particularidades que recuerdo de aquella peregrinación, á saber: que relevamos tiro en pueblos tan interesantes como *Santafé* y *Loja*, sin ver de ellos más, en tal noche, que el sucio velón y los belicosos empleados del *Parador de diligencias*;

que, á las ocho ó las nueve de la mañana, después de afanarse mucho el ganado para subirnos á lo alto de una sierra, almorzamos en *El Colmenar*, villa muy populosa y alegre, y que, al poco rato, descubrí desde aquellas alturas, allá muy lejos, lo menos á cuatro leguas de distancia, una especie de *subcielo*, más azul que el cielo mismo y que el cerco de montañas del horizonte...

¡Era el mar! ¡El mar, que por la primera vez aparecía ante mis ojos! (1). ¡El mar, la patria de todos y de nadie; el más allá de España y de Europa; el elemento intermedio entre los Continentes ó pedazos habitables del globo terráqueo y los reinos de la muerte ó de la inmortalidad; la parte del Planeta extraña á nuestra vida, y en cuyas soledades no somos, ni seremos jamás otra cosa, que unos temerarios, importunos y asustados huéspedes!

Debería callarme todo lo demás que pensé al descubrir el mundo marino... pero voy á decirlo, aun á riesgo de que

(1) No se olvide que este viaje es de fecha anterior al de *Guadix á Almería*.

lo calificuéis de extravagancia. Parecióme que había salido de una cárcel; que acababa de obtener un ascenso en mi carrera de hombre; que había llegado á no sé qué especie de mayor edad; que era más grande, más libre, más dueño de mis acciones, menos mortal, menos esclavo de los poderes de la tierra... Y presentí de golpe y confusamente los inefables larguísimos coloquios que había de entablar tantas y tantas veces con las olas, alborotadas ó serenas, durante mi azaroso tránsito por la vida... Presentí los días de meditación y éxtasis que había de pasar, en solitarias peñas del Cantábrico, en encantadas playas del mar andaluz ó del Tirreno, ó bien enfrente del Adriático, desde las arenas del veneciano *lido*, preguntando al mundo de las aguas por una felicidad mayor que las engañosas y precarias de la fugaz existencia terrestre... ¡Y bien sabe Dios que la susodicha mañana estuve á punto de llorar en aquel cupé ó sotabanco de la diligencia de tres pisos, donde, tan lejos ya de la casa paterna, iba yo acercándome á *Málaga*, en

busca del vellocino de oro de la glorial...

Porque he de advertiros que esta expedición era la segunda jornada de mi primer viaje al paraninfo de las Letras; era un rodeo para trasladarme á Madrid; era mi verdadera salida de D. Quijote; era, en fin, consecuencia de haber abandonado pocos días antes mi hogar, contra los consejos de mis benditos padres, á los diez y nueve años y algunos meses de edad, llevando en el baúl una *reputación manuscrita* (según dijo cierta pupilera madrileña, con relación á otro personaje por mi estilo) y poseedor de tan poco dinero ó cosa semejante, que, habiéndome tocado la quinta algunas semanas después, tuve que volverme más que á prisa de Madrid á Guadix, en busca del perdón y del bolsillo del autor de mis días, antes de que el Gobierno de S. M. me declarara *prófugo*.—Iba yo, pues, á *Málaga* la mañana que digo, á embarcarme para Cádiz, donde poseía parte de un periódico literario que érame preciso organizar de modo que me sostuviese en la Corte, y he aquí la razón de que me pusiera tan

melancólico la remota aparición del *mar*—símbolo para mí de *lo desconocido*, en aquel solemne cuanto arriesgado viaje al reino de la Fama y de la Fortuna.

Una hora después desaparecieron todas mis preocupaciones y tristezas... Habíamos llegado cerca de una agria pendiente, denominada la *Cuesta de la Reina*, ya muy vecina á Málaga, desde donde se descubre de pronto y á vista de pájaro toda la ciudad, toda su campiña, todo su puerto poblado de mástiles, todo su mar, dentro y fuera del espigón del Muelle, que remata en la nombradísima *Farola*, y luego una gran extensión del Mediterráneo y hasta vagos asomos de la costa africana... Parecía que el mar estaba verticalmente debajo de nosotros: ¡tan empinada es la cuesta que nos separaba de sus orillas! Reverberaba el sol en aquella inmensa lámina de agua, como en disforme espejo... La orla de blanquísimas espumas que, en playas y peñas, marcaba los límites de la tierra y de las olas, semejaba la fimbria de armiño de aquel dilatado manto azul con reflejos de

plata. La ciudad, blanca, pintoresca, graciosa, parecía un lujoso broche del manto verde de los campos... Y todo ello, re-
ceñido por vistosas montañas á la parte del Norte y cobijado por un cielo purísimo y espléndido, componía un magnífico panorama que me llenó de júbilo y entusiasmo.

.....
Muchas veces he estado después en Málaga, y aun he residido en ella meses enteros, según consta del *Diario de un Testigo de la Guerra de África*, del cuadro de costumbres *Lo que se ve por un anteojo*^(*) y de otras varias obras mías... Pero nunca sentí ni comprendí tan hondamente su naturaleza y carácter, especialísimos en Andalucía, sobre todo en contraposición á Granada, como en ésta mi primera y rápida visita. Porque lo que más llamó mi atención desde luego, aunque estaba prevenido por la fama, fué el sello fabril y comercial de la población, material y moralmente considerada... ¡Resultaba

(*) Incluído en el tomo de *Cosas que fueron*.

tan nuevo y tan asombroso todo aquello para un granadino que nunca había salido de su provincia!

Pero esta observación merece mayor comentario, y lo voy á hacer por medio de un paralelo. En la decaída y relativamente pobre tierra de Granada, el ideal de todos los espíritus se cifraba todavía en la Historia, en lo pasado, en la nobleza de los pergaminos, en la majestad de tal ó cual monumento... Para su afortunada rival Málaga, el ideal estaba en lo presente, en lo moderno, en el trabajo, en el capital, en el crédito, en el valor industrial ó comercial de la *firma*... Los granadinos hablábamos á todas horas de Boabdil, de los Reyes Católicos, del Gran Capitán, de Tendilla... Los malagueños se extasiaban hablando de los Heredias y de los Larios, como luego habían de extasiarse también hablando de los Loring... En Granada todo era devociones, fantasías, sentimentalismo, leyendas, sesiones literarias, conmemoraciones históricas... En Málaga, el orgullo local consistía en haber exportado aquel año

250.000 quintales de pasas, 200.000 quintales de vino, 300.000 arrobas de higos secos, millón y medio de limones y otro millón de arrobas de hierro en barras, etc., etc., etc.

Esta manera de ser de los malagueños se revelaba, y sigue revelándose, en el aspecto de la ciudad, lujosa y de edificaciones modernas, abundantísima en esos obeliscos de ahora llamados *chimeneas de fábricas*, en ricas tiendas y vastos almacenes, y pobre, muy pobre, de monumentos artísticos. Además, todo lo dicho en el capítulo precedente acerca de la vida social de las clases acomodadas de Almería tiene aplicación á *Málaga*, aunque en escala muy superior. También aquí predomina el estilo inglés en gustos y costumbres, con tanta más razón, cuanto que son muchos los verdaderos ingleses, ó hijos de tales, que se hallan establecidos en la ciudad. Estos hijos, britanos por su padre y malagueños por su madre y por su crianza, constituyen un tipo *sui generis* de formidables recursos para los negocios, en el cual, al frío jui-

cio del inglés, se unen la gracia y travesura de Andalucía y aquella táctica especialísima para hablar y discutir que distingue á las gentes de Málaga, por cuya virtud ó por cuyo vicio los hechos se escurren entre las manos como anguilas, la lógica es perpetua esclava de la elocuencia, y la verdad tiene algo del azogue...

Aprovecharemos, pues, la ocasión para asentar como axioma que lo más notable de *Málaga* son los malagueños. Ni en Sevilla, ni en Cádiz, ni en Córdoba, donde la gracia fluye á borbotones de todos los labios, causan tanto asombro los donaires de la conversación, particularmente en la clase baja. ¡Qué imágenes tan pintorescas! ¡Qué prontitud y qué ingenio en el discurso! ¡Qué chiste en el calificativo! ¡Qué expresión en el gesto y en el ademán! ¡Qué maestría para hacer lo blanco negro! ¡Qué arte para pasar de lo patético á lo jocoso, y viceversa, según las necesidades del caso! ¡Qué salidas! ¡Qué quiebros! ¡Qué escamoteos del tema y de la moral del debate! En cuanto á las mala-

gueñas, ya lo sean genuinamente, ya estén ingertas en inglés ó en alemán, nada se me ocurre que exponer, sino bendecirlas con toda mi alma, reconociendo y declarando que adunan tantos arbitrios de imaginación y estilo como los malagueños y algunas cualidades íntimas y sólidas que á ellos les faltan; es decir, que tienen juntamente garbo y juicio, sal y ternura, gitanería y conciencia, lo cual las hace envidiables y temibles á un propio tiempo, como todo aquello que es superior al hombre...

Largas horas podría seguir hablando de *Málaga*, donde he residido después, como literato y político aventurero (en 1854), como militar (en 1859), y como pacífico bañista, con mujer é hijos (en 1870); os describiría su clásico *Paseo de la Alameda*, poblado de elegantes damas á pie, á caballo ó en coche, y os diría sus nombres y apellidos, sus nobles prendas y otras particularidades, por haber tenido el honor de tratarlas en saraos, teatros y tertulias; atravesaríamos el Guadalmedina, para visitar el célebre y ruidoso ba-

rrio del *Perchel*, asiento de la tunantería más fina y más graciosa del universo-mundo, incluso la de aquellos diablos que siempre están cantando y riendo en los muelles de Nápoles, y recordáramos, al subir al *Castillo de Gibralfaro* (donde estuve encerrado un mes por mi voluntad ó por dar compañía á un queridísimo preso militar y político), otra especie de barrio que había antes de la *Coracha*, y que, según me cuentan, ya no existe, cuyo nombre era *El Mundo Nuevo*. Allí contemplé muchas veces, en 1854, cuadros más inmorales, hediondos y terribles de los que suelen ofrecer á la espantada vista aquellos húngaros y gitanos nómadas que acampan á las afueras de nuestros pueblos, por negárseles en ellos hospitalidad, de miedo á toda clase de infecciones... ¡*La Corte de los milagros*, de Víctor Hugo, se quedaba en mantillas, comparada con aquellas gentes que se encenagaban, cual si fuesen cerdos con alma, en la mugre, en el vicio y en el crimen, á pocos pasos de las más pulcras y lujosas calles y plazas de la capital!...

¡Comprendo que haya desaparecido *El Mundo Nuevo!*

También os describiría, si dispusiera de más páginas, el bien acondicionado *Círculo Mercantil*, que tiene mucho de club ó casino inglés, y donde siempre he sido galantemente tratado; la *Plaza de Riego*, con el monumento del infortunado General *Torrijos* y compañeros mártires; la hermosa *Plaza de la Constitución*; la *Aduana*, edificio que honra á Carlos III, como todos los de su reinado; la *Catedral*, el *Teatro*, la *Plaza de Toros*, y muy especialmente las *Atarazanas*, la *Alcazaba* y el citado *Castillo de Gibralfaro*, nobilísimos padrones históricos de la augusta Málaga de otras edades... Pero tan prolija tarea no cabe en este bosquejo de superficiales recuerdos míos, y se halla desempeñada además en varias obras, comenzando por las antiguas *Conversaciones históricas malagueñas* del presbítero D. Cecilio García de la Leña (1792), y acabando por las modernas *Guías*.

Concluyamos, pues, diciendo á coro

con la musa popular de la patria de los mejores boquerones del mundo:

¡Adiós, Málaga la bella...

bien que no estemos nosotros en el caso de completar tan sentida copla, que prosiga del modo siguiente:

*Tierra donde yo nací!
¡Para todos fuiste madre,
Y madrastra para mí!*

Y, cantada esta copla, refiramos el viaje marítimo que emprendí al otro día desde *Málaga á Cádiz*.

IV.

DE MÁLAGA Á CÁDIZ.

Como la presente *odisea* (no me cansaré de repetirlo) tiene más bien por asunto mis casuales y personalísimas impresiones que la descripción y pintura exacta de las cosas *dignas de verse, pero que no llegué á ver*, en tal ó cual ciudad ó camino, y estoy resuelto á prescindir hasta de las siete maravillas del mundo, si no topé con ellas ó no las estudié al paso, resulta, mis queridos lectores, que muy poco habré de deciros acerca de mi estreno del mar; pues, aunque fué en buque de vapor y en cámara de popa, cual correspondía á un poeta bien nacido, que echaba á volar con poquísimo dinero, creyéndose, sin embargo, que todo el mundo era suyo, hice la primera mitad de aquel viaje tan desdichada y prosáicamente como el *Don*